

parte pacífica, inmediata la Habana, llevó á término rápidamente la reconcentración de los campesinos en las ciudades protegidas por la guarnición española.

Estableció en la Habana el centro de sus operaciones y comunicaba por telégrafo sus órdenes á los jefes españoles enviados á distintos rumbos para combatir á los insurrectos.

Con estas medidas, así como con la deportación á Fernando Poo de algunos presos políticos y miembros de la prensa de la Habana, se creyó que la revolución estaba próxima á terminar.

Las expediciones filibusteras continuaban con pequeños intervalos. El «Three Friends», el «Laureada» y el «Bermuda» habían desembarcado grandes cargamentos y dieron margen á las reclamaciones del ministro español Sr. Dupuy de Lome dirigidas al gobierno americano, y como consecuencia de éstas, el primero de dichos vapores fué decomisado en Jacksonville, por orden del Ministerio de Hacienda.

En Noviembre del año á que venimos haciendo referencia presentaron al Ministerio de Relaciones de Estados Unidos varias reclamaciones los ciudadanos americanos residentes en Pinar del Río, lugar en que se había localizado la guerra.

Pedían se les indemnizaren de las pérdidas que la revolución les había ocasionado.

El presidente Cleveland viéndose cohibido por numerosas peticiones de la Unión americana, pidiéndole fuese reconocida la beligerancia de los cubanos ó la intervención en la guerra de Cuba, no quiso tomar ninguna determinación. En vista de lo manifestado por Weyler al gobierno español, en cuanto á la terminación de la guerra en la Navidad, optó por esperar el resultado de la lucha.

El gobierno español ante aquella actitud de los Estados Unidos, recomendó al general Weyler que redoblara sus esfuerzos para acabar con la insurrección cuanto antes. Y así lo hizo en cumplimiento de las órdenes recibidas.

El jefe insurrecto que mayor resistencia había hecho á las fuerzas españolas, distinguiéndose por sus actos de valor en los combates librados contra las huestes que mandaba, era entonces José Antonio Maceo, que no había querido someterse al tratado del Zajón cuando terminó la guerra pasada en 78.

Maceo era hermano de otros seis jefes que por aquellos días, habían ya sucumbido todos, peleando en las filas de la insurrección. Iba siempre á la cabeza de sus soldados y contaba ya con 15,000 hombres que lo seguían.

Logró sorprender la vigilancia española y trasponer el cerco llamado la trocha y fué el primer jefe rebelde que lo hacía hasta entonces.

Weyler ordenó la persecución de este caudillo, personalmente, y en los primeros días de Diciembre pudo ser muerto en una emboscada á donde lo condujo con falsedad un Dr. Zertuche que era su médico de confianza.

Muerto este jefe, así como lo habían sido ya antes Martí, Delgado, López Coloma, Serafin Sánchez y otros, se esperó más aun en la completa pacificación de la Isla.

El día 10 de Diciembre se presentó al Senado americano la siguiente proposición, suscrita por un senador de apellido Cullon: «Resuelto:

Por el Senado y la Cámara de Diputados que la extinción del derecho español y la terminación de la dominación española en las islas que forman la entrada al golfo de México son necesarias para el bienestar de aquellas islas y el bienestar de los Estados Unidos.

«En la guerra actual que ha durado 21 meses, España ha desperdiciado 100.000,000 de pesos, y llevado al campo de batalla á 200,000 hombres y niños, y como he dicho antes, yo creo que es deber de los Estados Unidos hacer uso de su gran poder para declarar y sostener como una prerrogativa de derecho que pertenece al republicanismo en general y á esta República en particular, que no debe continuar esa masa de ruinas en las aguas de las Indias Occidentales, (cuyas olas tocan en nuestros puertos) por más tiempo que el necesario para acabar la guerra.

«Y si eso no dá resultado podríamos considerar la conveniencia de comprar la Isla, pagándola bien. Ya de esto se trató durante la administración pasada. Y no es que queramos el territorio, lo que queremos es que el mal tenga un justo arreglo y termine. Hagamos que esto tenga fin pronto. Que cese el derramamiento de sangre y que se glorifiquen la libertad y la humanidad.»

VI.

Al principiar el año de 97 las probabilidades de pacificar la isla de Cuba habían aumentado á juicio del Gabinete español.

A raíz de los triunfos obtenidos por el ejército sobre los rebeldes, se preparaba el envío de nuevos refuerzos para el ejército voluntario que aumentaría en diez ó quince mil hombres más, con lo cuál, dada la situación de las tropas revolucionarias que iban perdiendo terreno cada día y agotándose sus recursos, no era un simple deseo alentado por el optimismo patriótico de España el suponer que antes de llegar la estación de las lluvias se habría logrado la terminación de la guerra sin duda.

No contaba España para obtener estos resultados, con la ingerencia de los Estados Unidos, que, aunque era solamente moral entonces, hacía en la práctica muy embarazosa la conducta que debiera seguir con los insurrectos.

Por una parte la creencia arraigada con firmeza así en el gobierno como en el pueblo, de que el abandono de la isla implicaba la deshonra de la nación, no le permitía ceder un punto en el ejercicio de sus derechos sobre la colonia. Por otra, la persistencia en su manera de obrar respecto los asuntos de Cuba le traería irremisiblemente un conflicto con los Estados Unidos, que habían manifestado por medio de su presidente y muchos diputados y senadores que si el fin de la campaña contra la insurrección no estaba próximo, intervendrían francamente, lo cual era imposible que lo tolerase España sin declararles la guerra.

En este estado, continuaba la gestación laborante no ya en Nueva York, Cayo Hueso, Nueva Orleans, Boston y las ciudades donde tenía juntas el partido revolucionario, sino hasta en los lugares mas apartados.

Hombres políticos de todas clases discutían públicamente los asuntos de la isla de Cuba, se adherían á la causa de los revolucionarios y condenaban la conducta de España, porque había tardado en extinguir aquella guerra.

Uno de los diarios americanos «El New York Journal» tuvo ocasión de recoger, en diversas entrevistas con los gobernadores de los Estados de la República, sus opiniones respecto de la guerra de independencia de la Isla.

He aquí sus respuestas:

El Gobernador Mathews, de Indianopolis: Favorezco resueltamente la idea del inmediato reconocimiento de Cuba. No creo que sería necesario tomar ningunas medidas en el sentido de positiva intervención, pues si nuestro Gobierno llega á reconocer la independencia de la Isla millares de hombres y millares de *dollars* serían puestos á disposición de la causa de esa independencia.

El Gobernador Pingrie, de Michigan: Yo por mi parte favorezco la idea de la compra de Cuba por los Estados Unidos si no se puede terminar la guerra de otra manera; esto, probablemente nos costará menos que emprender una guerra.

El Gobernador Budd, de California: Si las atrocidades de que hemos tenido noticia son ciertas, el congreso debería proceder prontamente á reconocer los derechos de beligerancia de los libertadores de Cuba. Jamás habrá paz en Cuba hasta que sean reconocidos sus derechos de independencia.

El Gobernador Evans de la Carolina del Sur: Favorezco la idea del reconocimiento de los cubanos como beligerantes.

Cuando hagamos este reconocimiento, les prestaremos también ayuda material y no veo que cosa mas pudieramos hacer por ellos.

El Gobernador Mitchel, de la Florida: Favorezco de todo corazón todo aquello que pueda ayudar á la independencia de Cuba.

El Gobernador Renfren de Oklahoma: Creo que este país debería reconocer los derechos de la beligerancia de los cubanos.

El Gobernador Altgeld, de Illinois: Favorezco la idea del reconocimiento de los insurrectos cubanos por los Estados Unidos. Tengo fé ciega en toda la América y en el pueblo de Illinois, que con gusto luchará por la causa de la humanidad.

El Gobernador Hastigs de Pensylvania: Si la noticia referente á la cobarde manera como fué muerto Maceo es cierta, opino por la intervención de este país, tanto reconociendo la beligerancia, como prestando ayuda material á Cuba para que logre su independencia.

El Gobernador Holcomb, de Nebraska: Nuestro Gobierno debería reconocer los derechos de beligerancia de los revolucionarios cubanos. Su valiente lucha, por tanto tiempo sostenida para libertarse del yugo de la opresión europea, les concede el derecho á las simpatías de todo americano.

Gobernador de Missouri Favorezco la idea de ayudar materialmente á la beligerancia de los cubanos, para ayudarles á la guerra en su independencia.

Gobernador Franklin de Arizona: Favorezco la idea de la independencia de Cuba, pero no favorezco la de la intervencion del Gobierno de los Estados Unidos.

Gobernador Richards, de Montana: según mi opinión, los cubanos deberían ser reconocidos como beligerantes, abrigo la esperanza de que obtengan su independencia.

Gobernador Morrill, de Kansas: Mis simpatías están enteramente del lado de los cubanos en la lucha por su independencia.

El gobierno de los Estados Unidos debería prestarles cuanta ayuda pudiera y que fuera compartible con nuestros tratados con España y con el derecho internacional.

Contestaciones parecidas á las anteriores fueron enviadas por los Gobernadores de Wisconsin, New Hampshire, Wyoming, Virginia, New México, Colorado, Virginia occidental, Nevada, Virginia, Washington é Idaho.»

Cuando fueron publicadas, estas opiniones por el periódico de referencia, no causaron en el pueblo español ninguna sorpresa, como era de suponerse, en razón á que ya poco antes se había dado otro paso más directamente encaminado á la usurpación de los derechos de la soberanía de España.

El senador Cameron había presentado á la comisión de Relaciones Exteriores en Washigton una proposición referente á la independencia de Cuba, que fué aprobada y se encierra en estos dos puntos:

“Que los Estados Unidos de America reconocen la independencia de la República de Cuba.”

«Que los Estados Unidos harán cesar la guerra actual entre España y Cuba.»

En contraposición á estos precedentes del conflicto internacional, aparecía la cordura de Mr. Cleveland, que no quiso echar sobre sí la responsabilidad de haber sancionado la independencia de Cuba. Todavía más, hizo comprender á los partidarios de la causa cubana que las negociaciones en aquel sentido, no avanzarían un punto mientras él fuese presidente de los Estados Unidos, y alejó por entonces los temores de guerra, conjurando el peligro hasta concluir su período en Marzo, que desgraciadamente se aproximaba.

El Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del gabinete español seguía una línea de conducta no menos razonada y juiciosa, oponiéndose por todos medios á las pretensiones de las masas populares que pedían ya desde entonces un rompimiento con los Estados Unidos.

«Mientras yo sea primer ministro, dijo en aquella ocasión, no provocaré ningún conflicto con los Estados Unidos, para defender siempre la dignidad y la soberanía española. Estoy firmemente resuelto á seguir esta línea de conducta, siendo esta mi última palabra.»

Pero las instituciones republicanas por una parte, y la fatalidad por otra, arrebataron de sus respectivos puestos en poco tiempo á aquellos dos hombres, cuya permanencia en el poder hubiera hallado quizás la solución al problema que no hallaron sus sucesores.

No intentamos afirmar que Sagasta y Mc. Kinley hayan empujado á la lucha á sus respectivas naciones; no abarca el plan de este libro la exposición de nuestros propios juicios y mucho menos sobre una teoría que no podrá sentarse jamás sólidamente y con la que estaría muy enlazado tal juicio. Porque equivaldría á resolver esta cuestión: si Cleveland y Cánovas hubiesen continuado en el poder, ¿habría habido guerra? Nadie lo podría decidir con certeza. Se podrá conjeturar con más ó menos aproximación un resultado, pero no con exactitud, dado el sinnúmero de circunstancias desconocidas que podrían sobrevenir después influyendo cada una aisladamente ó en conjunto para determinar soluciones distintas al problema.

Las mismas multitudes que obligaron á Mc. Kinley y á Sagasta á declarar la guerra, habrían quizás hecho otro tanto con

Cleveland y Cánovas. Según hemos visto en las anteriores páginas no eran realmente los gobiernos los provocadores de la guerra entre ambos países, sino la ceguedad incosciente de las clases numerosas, que amontonaba ofensas tras ofensas, enardeciendo las pasiones y exaltando los ánimos. Por el contrario, ellos redoblaron sus esfuerzos para oponerse al desbordamiento del odio y el deseo de venganza que sentían crecer en su derredor, permaneciendo impasibles, esperando tranquilos la soñada solución del conflicto, que no se presentó nunca.

Uniforme se levantaba el clamor público en uno y otro país gritando; guerra! guerra!

Solamente una que otra voz, débiles, aisladas se atrevían apenas á indicar soluciones que evitasen la guerra.

El Sr. Pi y Margall fué uno de los poquísimos españoles que, madurando sus opiniones á la luz de la fría razón, aconsejaron al Gobierno *no ir á la guerra*.

El diario *El Liberal* de Madrid indicó también entonces la conveniencia de pagar inmediatamente las indemnizaciones reclamadas por el gobierno americano en obvio de dificultades.

Pero la obsecación de los que formaban el mayor número, en lugar de oír estos sabios consejos, llenó de improperios á aquellos que tuvieron el valor civil de sugerirlos oponiéndose á la avalancha popular.

Llegó el mes de Marzo de 97 y William Mc. Kinley ocupó la silla presidencial de los Estados Unidos, llamado por la elección que acababa de verificarse tres meses antes.

La guerra de Cuba parecía por entonces tocar á su término.

El Gobierno Español, esperando en la inmediata pacificación aprobó y trató de implantar una parte de las reformas proyectadas nuevamente, en la convicción de que esta medida completaría la sumisión de aquellas provincias agitadas todavía por los revoltosos.

No habían cesado aún por completo las escaramuzas en Santiago de Cuba y en Pinar del Río, sobre todo. Una de las primeras providencias del Gobierno de Mc. Kinley fué la de atender á los americanos necesitados residentes en Cuba. En su mensaje de Marzo recomendó al Congreso la aprobación de un crédito de 50,000 pesos con este objeto. En el mismo mensaje declaró que no abrigaba el más mínimo temor de que las buenas relaciones existentes entre España y América del Norte llegasen á alterarse por entonces.

Poco después, cuando fué aprobada por el Senado americano la resolución que reconocía la beligerancia de los cubanos, pudo verse más claro la cuerda conducta del presidente, que no quiso sancionar todavía aquella resolución, que había sido iniciada por el senador Morgan.

El día anterior al en que fué aprobada la famosa resolución, había anunciado el general Weyler en Cuba oficialmente la pacificación de la mayor parte de la isla.

El presidente Mc. Kinley deseando obtener informes exactos de la situación de la isla de Cuba y el de su revolución, había enviado á Mr. Calhonn, con el encargo de tomar informes detallados y rendirlos en breve al gobierno. El emisario no hizo mas que avivar los odios existentes entre americanos y peninsulares, por sus imprudentes gestiones, denunciando al gobierno español como encubridor de la verdadera situación en Cuba, que según él, era desastrosa y muy lejana de la pacificación como había asegurado Weyler.

Ocioso será agregar que los insurrectos cobraron nuevos bríos con la presencia del enviado americano, al conocer su inclinación á la causa de la independencia. El día 4 de Junio regresó á Nueva York Mr. Calhonn, llevando el resultado de sus informes á cerca de Cuba. En ellos ponderaba la triste condición á que estaban reducidos los americanos en la isla, y la necesidad de que los Estados Unidos intervinieran en la terminación de aquella guerra, á toda costa.

Una reclamación más fué presentada por el gobierno de Washington, por la muerte del Doctor Ricardo Ruiz acaecida en Cuba.

El 25 del mismo mes de Junio de 97, fueron absueltos en Estados Unidos los filibusteros que conducían municiones y armas para Cuba en el vapor *Dauntless*, apresado por el crucero Wilmington antes de desembarcar.

El Juez declaró que no había pruebas suficientes para confirmar su culpabilidad.

El día 8 de Agosto fué asesinado el primer ministro del Gabinete español Sr. Cánovas del Castillo, por un anarquista llamado Miguel Angel Golli. Le sucedió en su puesto el general Azcárraga, interinamente.

En Septiembre manifestaba el Cónsul general de Estados Unidos en la Habana, Mr. Fitzhug Lee, á su llegada á Nueva York: «Nada anunciaba el fin próximo de la guerra en Cuba cuando abandoné la Habana. Los negocios están paralizados y no hay ni la menor esperanza de que mejore la situación.»

Apoyándose sin duda en los datos comunicados por el Cónsul, el gobierno de Washington decidió enviar una nota al de España declarando que la prolongación de la guerra en Cuba perjudicaba notablemente el comercio y la industria de los Estados Unidos é insistiendo en que se debería remediar cuanto antes tan desastrosa situación.

Esta nota fué presentada á fines de Septiembre por el ministro americano Woodford, al Duque de Tetuan, Ministro de Relaciones en Madrid.

En seguida se presentó de nuevo la reclamación de 75,000 pesos para indemnizar á la viuda del Dr. Ruiz.

La actividad de las negociaciones diplomáticas con los Estados Unidos se calmó un poco á fines de Septiembre, por la renuncia del Gabinete español presidido por Azcárraga. El 5 de Octubre se reintegró aquel cuerpo, presidiéndolo como primer ministro D. Práxedes Mateo Sagasta, que inmediatamente dispuso el relevo del general Weyler en Cuba por el general D. Ramón Blanco.

Hasta á fines de ese mes pudo ser contestada la nota del gobierno americano, por el de Madrid.

En esta contestación se ennumeraban los sacrificios hechos por España para concluir la guerra en Cuba y se describían las reformas que se iban á implantar á la llegada de Blanco; concluía con esta frase: «España no admite ni admitirá que una nación extranjera intervenga en sus asuntos.»

Cuando aun no habían transcurrido cuatro días de la llegada del general Blanco, ya había enviado este militar un mensaje al Gabinete español en el que manifestaba que se había formado una favorable opinión de las facilidades para sofocar la guerra completamente. Entre tanto los periódicos españoles aseguraban que la pacificación de Cuba era imposible, mientras los Estados Unidos ayudasen á la insurrección por medio del filibusterismo.

El general Blanco exponiendo la táctica que seguiría en la campaña contra la revolución, dijo en la Habana el 3 de Noviembre en la noche, ante numerosos amigos suyos: «La conducta militar que observaré es bajo todo punto diferente á la que usó el general Weyler. Haré guerra á muerte al enemigo, pero jamás verteré sangre de mujeres y niños.»

Y efectivamente inició una política de conciliación opuesta en todo á la de Weyler.

Después de haber publicado un decreto de amnistía para los presos políticos, hizo suspender los efectos del bando de la concentración; ordenó asimismo se procediese á la replantación inmediata de los campos y abrió inscripciones públicas para socorrer al sin número de necesitados que había en la Isla.

A continuación se decretó la libertad de los prisioneros del «Competitor» así como otros muchos americanos detenidos en las prisiones de la Habana. Estos acontecimientos, así como el decreto de Autonomía de Cuba, que publicó en breve el gobierno peninsular, causaron muy buena impresión en los Estados Unidos.

La prensa madrileña atacó rudamente al gabinete Sagasta condenando la aprobación de este decreto asegurando que era autorizar la desorganización de la Patria.

En el primer mensaje anual, el presidente McKinley manifestaba á principios de Diciembre que debería el pueblo americano abandonar por entonces la idea de intervención en Cuba ante la conducta humanitaria del general Blanco y la libertad de los americanos presos en la Isla. Tampoco aceptó el reconocimiento de la beligerancia, creyéndolo peligroso para el país. El mensaje concluía con estas palabras:

«Si mas tarde nos vemos obligados á intervenir en nombre de la civilización y de la humanidad, será preciso que esto sea sin provocación de nuestra parte. Es necesario, en una palabra, que observemos una conducta neutra, con la seguridad de que nos aprobará el mundo entero.»

Los insurrectos se negaron entretanto á aceptar la autonomía concedida por España y continuaron oponiéndose á la dominación.

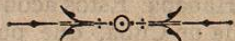
La noticia de haber sido aprobado por el gobierno español el decreto concediendo la autonomía, no produjo pues el efecto deseado.

Al principiar el año de 1898 la guerra de insurrección, que unos dos meses antes parecía haberse extinguido, volvió á hacerse sentir en algunas provincias.

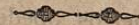
Los trastornos consiguientes, ocasionados así á los nativos como á los extranjeros que recidían en Cuba, dieron lugar á nuevas quejas de los ciudadanos americanos, las cuales obraron de tal suerte en el ánimo del gobierno, que se resolvió adoptar de nuevo la política de intervención, si los atentados continuaban.

Esta actitud del gobierno americano fué conocida por los habitantes de la Antilla poco después, causando un desastroso efecto en el ánimo de los españoles, á la vez que alentaba á los rebeldes en la prosecución de la guerra.

Por eso cuando á fines de Febrero hubo en la Habana una explosión de un buque americano, no faltó quien calumniara á los españoles llamándolos autores de tamaña desgracia.



CAPITULO V.



Dstrucción del acorazado "Maine" en la Habana.—¿Cual fué la causa del accidente?—Opinión del teniente-coronel J. T. Bucknill sobre el dictamen de la comisión investigadora americana. Los Estados Unidos juzgan llegado un "casus belli"—Injusticia de su proceder.

I.

A las nueve y treinta y cinco minutos de la noche del 15 de Febrero de 1898, el acorazado «Maine» de la armada norte-americana, hizo explosión en la bahía de la Habana, perdiéndose totalmente y causando numerosas víctimas.

Las primeras noticias oficiales enviadas á Washington al Secretario Long por el comandante Sigsbee, capitán del buque, dicen: «El Maine» casi sumergido, no se encuentran á Yhenkins ni á Merrit; hay pocas esperanzas de encontrarlos: se sabe que veinticuatro oficiales se han salvado; de los tripulantes, diez y ocho se encuentran heridos á bordo.

En el vapor «City of Washington» de la línea Ward, en el hospital y en los hoteles, se encuentran cincuenta y nueve, por lo que hasta ahora se sabe. Los restantes perecieron á bordo ó cerca del «Maine.»

«Se calcula el número de los que sucumbieron en 253; los daños fueron en los compartimientos de los tripulantes.

Pienso mandar á todos los heridos al hospital de la Habana—firmado Sigsbee.»

A las once y cuarenta de la mañana del mismo día 16 de Febrero, el sub-secretario de Estado, recibió en Washington el siguiente despacho de la Habana: «Las autoridades lamentan el accidente.—Nadie conoce el origen de la explosión.»

El mismo día 16 por la tarde, y por el citado conducto de la Prensa Asociada, se recibieron en Washington los siguientes cablegramas «El vice-consul Springer, asegura que los oficiales se salvaron. El capitán Sigsbee se encontraba á bordo, cuan-